**Un contraste entre dos determinismos: Laplace y Leibniz**

**Abstract:**

**Resumen:**

Laplace y Leibniz representan hitos en el desarrollo del pensamiento moderno. Ambos autores sostienen un racionalismo mecanicista que los lleva a formularse la idea de un universo determinado, estable y asegurado. Podemos notar que cada cual tiene sus razones para sostener ello y del mismo modo, se hace evidente que hay puntos muy específicos en donde no están de acuerdo en lo absoluto. Tales ideas son las de Dios y Libertad.

**Palabras clave:**

Modernidad, Determinismo, Libertad, Laplace, Leibniz

**Un contraste entre dos determinismos: Laplace y Leibniz**

Por: Fernando García Alcalá

El determinismo, entendido como aquella idea que supone un cosmos y devenir asegurado, estable y determinado, es un concepto muy antiguo, pero es en la modernidad que alcanza sus puntos más interesantes de desarrollo por las nociones mecánicas que orbitan la era. Algunos romanos sostuvieron el llamado “determinismo astrológico”, es decir, la idea de que mediante la lectura de ciertos elementos, realizada por algún iniciado oracular, permitía la adivinación de los destinos. Esta idea desde otro enfoque también se encuentra en la medievalidad con un énfasis más intenso, pues el gran determinador es entendido como Dios, de quien se predica los más altos y positivos conceptos como el de infinita sabiduría, justicia, bondad y perfección. A ese respecto podemos mencionar los problemas de la providencia, la concurrencia, la futurición y los futuros contingentes asegurados, además del problema luterano de la predestinación de la salvación de las almas. El determinismo ha sido anticipado en la reflexión escolástica.

Es en la modernidad cuando las ideas mecanicistas y el concepto de un universo definido en caracteres matemáticos conllevan al determinismo a una solidez tal que a la vez parece excluirse la libertad humana al tiempo que se piensa en la estabilidad asegurada del mundo. En este sentido es sumamente ilustrador el caso de dos pensadores que de algún modo han sido relacionados al pensamiento determinista; nos referimos a Pierre-Simon Laplace y Gottfried W. Leibniz.

Mientras el primero se ubica en la plena y avanzada modernidad, el segundo se encuentra con un pie en la escolástica tardía y otro en la vanguardia de la era moderna. Laplace recibe una fuerte influencia del pensamiento matemático de Leibniz, en especial en lo que se refiere a la aplicación del cálculo integral o diferencial, tal y como los pasos de Leonhard Euler, entre otros, habían prefigurado.

Revisemos las nociones deterministas de ambos autores; Al final del desarrollo de ambos determinismos, podremos constatar que mientras el de Laplace parece ser lo que se entiende como un “determinismo fuerte”, es decir, uno donde no cabe la libertad humana, tendremos en Leibniz un “determinismo suave” o “compatibilismo”, es decir, la idea que libertad humana y la determinación de los hechos son ambas posibles a la vez.

Debemos tener en mente que por virtud del contraste es que colocamos a estos autores bajo estas consideraciones, y ciertamente el caso de Laplace no produce mayores problemas, pues es abiertamente un determinista fuerte, pero el caso de Leibniz puede ser discutible, pues diversos autores le han interpretado como un determinista fuerte, mientras que otros han negado la eficacia de su defensa de libertad. En miras de contrastarlos es que vamos a tener de momento la idea de un Leibniz compatibilista, aunque tengamos muy presente que tal etiqueta es cuestionable y al respecto, desarrollaremos un balance hacia el final del artículo.

Dicho esto, haremos una breve revisión del pensamiento determinista de cada uno de los autores, para luego esbozar un contraste con la finalidad de ilustrar en qué podría diferenciarse una versión del determinismo de otra.

**La mecánica celeste de Laplace**

Desde niño, Laplace demostró gran habilidad para las matemáticas. Fue instruido en las ideas de Lagrange, D´Alembert y Euler respecto a los principios de análisis y sus aportes para el desarrollo y resolución de ecuaciones de cálculo infinitesimal, cuyas bases habían sentado Leibniz y Newton. Trabajó como profesor en la escuela militar de Francia, especialmente en el ámbito de la artillería. Mucho tiempo después, con la gracia de Napoleón fue admitido en la prestigiosa Academia de las Ciencias Francesa. (Cfr. Madrid Casado, 2012)

Para considerar el pensamiento de Laplace, debemos tener en cuenta el contexto de los avances matemáticos. Los Pitagóricos, (y en algún sentido algunos platónicos), habían sentado las bases de la idea de una armonía geométrica tal y cómo se puede admitir en la noción de la “música de las esferas”. Tal idea suponía que, del mismo modo en que un proyectil, por ejemplo, una flecha, al rasgar el aire mientras realiza su veloz recorrido, produce un sonido particular, así análogamente debía haber un sonido que realizaran los cuerpos celestes al surcar el firmamento, aún más, al notar las relaciones armónicas en las orbitas de los astros, se podía pensar en que toda esa estabilidad de proyectiles ordenados debían formar una especie de armónica música celeste.

Esta noción será rescatada por el pensamiento moderno que busca revolucionar el paradigma aristotélico y escolástico; Es Isaac Newton quien articulará los aportes de Galileo, Copérnico, Brahe, Kepler y otros, en una transformación de los fenómenos naturales y observables en funciones matemáticas de elementos dinámicos y sus respectivos ritmos de variación. Leibniz no es ajeno a tal propuesta. Atendemos así a un paso agigantado equiparable al que nos lleva de Euclides y su análisis geométrico a la posibilidad de negar su quinto principio sobre la rectitud de toda paralela, para alcanzar así, la idea de un espacio curvado, propio de una geometría no euclidiana. De la música de las esferas, como razonamiento teórico a la aplicada y demostrada mecánica newtoniana hay un salto considerable y revolucionario para las ciencias modernas. Como ilustración de dicho avance, puede bastar señalar el hecho de que Laplace enseñaba el cálculo del recorrido de proyectiles balísticos, es decir, aplicaba las matemáticas y las ciencias para la actividad más humana: la guerra.

Laplace, en este horizonte, se veía inscrito en un contexto en donde las mayores preocupaciones científicas se cuestionaban sobre la real forma de la tierra, la órbita de los cuerpos celestes, las anomalías en dichas órbitas y en un sentido general, la estabilidad del sistema solar. Todos ellos, problemas heredados de la revolucionaria mecánica de Newton. Laplace encajaría todas estas piezas mediante la variación del principio de gravitación. (Cfr. Madrid Casado, 2012)

Para explicar la reformulación del principio de gravitación y en miras de considerar la idea laplaciana de un universo estable y determinista, consideremos el contraste entre la teoría de los vórtices de Descartes y la teoría gravitacional de Newton. Los partidarios de ambos bandos coincidían en la interpretación mecanicista del mundo, pero mientras los vórtices explicaban algunos fenómenos, como la propagación del movimiento, mediante el contacto de elementos materiales, desde que el espacio es un pleno extenso, por otro lado los principios de gravitación newtonianos suponían que una fuerza invisible atraía desde la distancia, al modo en que el sol atrae diversas órbitas. La fuerza de gravitación crece con la masa y decrece con la distancia, lo que concuerda con la ley de Kepler que supone a las órbitas como elipses y también con la segunda ley de gravitación, la fuerza equivale a la masa por la aceleración.

Si esto se daba con regularidad, luego podría pensarse que la tierra era regida por la misma ley universal, estableciendo el determinismo y la estabilidad del mundo, pero antes de darla por verdadera, hacía falta aclarar algunas irregularidades, tarea que llevará a cabo Laplace, pero en la línea del contraste entre Descartes y Newton, veamos algunas ideas sobre la forma de la tierra.

Considerando que los cuerpos se mueven de uno u otro modo, haría falta pensar que la tierra adoptaría correspondientemente una u otra forma. Ya hace muchos siglos Eratóstenes había calculado con un margen de error minúsculo la circunferencia de la tierra y había propuesto que su forma era esférica. Los newtonianos sostenían que un cuerpo celeste orbitando debería adoptar de acuerdo a sus leyes la figura de un esferoide semi-aplastado, mientras que los cartesianos sostenían que de acuerdo a la propuesta de los vórtices la esfera debería ser alargada en el otro eje. Para ello se experimentó lo siguiente. Godin propuso medir un meridiano cercano a la línea ecuatorial y luego un meridiano del polo norte. De este modo, desde Paris, se organizó una expedición al virreinato peruano y luego a la nórdica Laponia. Las mediciones comprobaban que la tierra era como una orbe achatada por los polos, por lo que en este punto, se le dio la razón a los newtonianos. Pero quedaban muchas preguntas, como el de las mareas, aún por explicar y para ello debemos referirnos al estudio de las órbitas.

Laplace propuso una función inspirada en los polinomios de Legendre que inspiró muchos campos, tal y como el estudio del calor y la termodinámica, el magnetismo, la electricidad. Incluso estos aportes serían rescatados por Schrödinger para explicar el comportamiento de los electrones atómicos, pero el ámbito que más nos interesa en este caso es el aporte de dicha función al estudio laplaciano de la gravitación newtoniana.

El estudio de qué camino surcan los cuerpos celestes era fundamental para la época. Edmond Halley había observado el cometa que conocemos por su nombre y logró relacionarlo a avistamientos anteriores con un espacio cronológico regular de aproximadamente 75 años. Cuando predijo su siguiente aparición se puso en cuestión la idea de una orbitación alterada por otras gravitaciones resultando en una suerte de elipsis excéntrica. Ya muerto su profeta, el cometa Halley apareció en la fecha señalada y demostró que tales órbitas, siguiendo los principios de Newton, eran posibles. Pero al considerar la excentricidad y alteración de tales órbitas, se propuso del mismo modo que había cierta posibilidad de que algún cuerpo se desviara y chocara con la tierra, lo que aterraba (y aterra) a los habitantes de la orbe. Otro hecho debe tenerse en cuenta; Herschell descubrió un nuevo cuerpo que se pensó al inicio como un cometa, pero fue un gran revuelo el notar que se trataba de un nuevo planeta: Urano; Desde los griegos, pasando por Leibniz y hasta entonces, en 1781, se pensaba que el sistema solar se componía de los cinco planetas visibles naturalmente. Los descubrimientos de nuevos elementos celestes creció por entonces exponencialmente y las posibilidad de mayores actores en escena, aumentaba la idea de una mayor propensión al colapso terrestre. Es así que llegamos al punto sobre la irregularidad de las órbitas.

El problema de las perturbaciones en las trayectorias anómalas de los cuerpos que son alterados por varias gravitaciones a la vez puede ilustrarse con el problema matemático de los tres cuerpos, o de los *n* cuerpos. Consideremos que para dos cuerpos, Newton, Bernoulli y Euler ya habían resuelto que el movimiento entre dos cuerpos desplazándose como efecto de las fueras gravitatorias resultaba en un segmento de una sección cónica, es decir, podría dibujar una circunferencia, una elipse, una parábola o una hipérbola. La necesidad de resolver el problema con tres cuerpos se retrotraía a un punto muy práctico, y era el de corroborar las leyes entre la dinámica de la Tierra, la Luna y el Sol. Las irregularidades anti elípticas de dicha mecánica fue el dolor de cabeza de Newton, Euler y otros. Euler pudo otorgar una respuesta preliminar para el caso de las líneas rectas, pero un aporte más significativo fue el de Lagrange, quien definió el problema de los tres cuerpos cuando se prefiguran con la posición de un triángulo equilátero. Esto no pasó de una curiosidad teórica hasta que se notó que dicha ordenación se presentaba en la triangulación de las órbitas de la Tierra, Júpiter y el asteroide Aquiles, pero dicha constatación se dio casi un siglo más adelante. Sin embargo, tal hipótesis le ayudo a Lagrange a estudiar problemas comunes en la época como el de las órbitas en la triangulación del Sol, Júpiter y Saturno y el Sol, la Luna y la Tierra. Considerando la sumatoria de las gravitaciones, se ponía en cuestión el asunto de si las perturbaciones en el desvío de las trayectorias eran acumulativas o si se balanceaban eventualmente. Había un asunto fundamental de fondo, el teológico, debido a que si el universo podría colapsar, parecería que su creador no era ni sabio ni perfecto, (y si lo quisiera así, ni bueno) y por ello era importante la idea de un universo estable que no requiera de un relojero cósmico que tenga que estar ajustándolo para que no explote.

Fue Laplace quien resolvió la tensión en la controversia sobre la gravitación de tres cuerpos. Notó que dentro de las irregularidades de las órbitas, existían movimiento medios dentro de un límite, y tal constancia no se desbordaba. Así, usando los principios de Newton, definió que el universo debía estar determinado establemente por cuanto las perturbaciones e inclinaciones en los recorridos y aceleraciones de los cuerpos celestes mostraban excentricidades cuando se observaban por cortos espacios de tiempo, pero mantenían un promedio regular y estable, y a largo plazo, denotaban una regularidad periódica predecible.

Para Newton el sistema solar se iba ajustando gracias a la mano de Dios. Leibniz criticaba que tal idea no le hacía justicia a las bondades divinas. Laplace propuso la estabilidad del diseño universal en donde no hacía falta tal ajuste. La discusión sobre si el mundo era estable o no tenía unas implicancias muy particulares, pues se temía que un cometa, fruto del colapso de una orbitación que acumulara fuerzas, se chocara contra la tierra. Laplace logró demostrar con la regularidad de las perturbaciones la determinación estable del cosmos sin recurrir a la intervención divina. Es particularmente irónico que luego de enunciar la estabilidad del mundo Francia reciba a un personaje como Napoleón. Es importante considerar además la profesión de ateísmo de Laplace, en especial en su defensa de la hipótesis de la nebulosa primitiva para explicar la creación del sistema solar, en lugar de Dios.

En el pensamiento de Laplace, el azar no tiene entidad, no existe. Todo está determinado. Podemos aproximarnos mediante probabilística (campo al que aportó con la ayuda de Condorcet) a los eventos, pero nada más; la suerte puede interpretarse como nuestra ignorancia sobre algunas causas, pero el mundo es estable y determinado al margen de nuestras percepciones. La contingencia, así, no nos salva de lo necesario.

Laplace es conocido además por haber propuesto la idea de una inteligencia eterna y omnisciente, con una capacidad superlativa e inhumana para el cálculo. Tal inteligencia es conocida como “el demonio laplaciano”, otro aspecto de su determinismo. Atendamos a esta cita de Laplace en el libro de Madrid Casado (Madrid Casado, 2012; 144)

“Debemos pues considerar el estado presente del universo como el efecto de su estado anterior y como la causa del siguiente. Una inteligencia que, en un instante dado, conociera todas las fuerzas de que se halla animada la naturaleza, así como la situación respectiva de los seres que la componen, si, además, fuera lo suficientemente amplia como para someter estos datos a análisis, podría abarcar en un sola fórmula los movimientos de los cuerpos más grandes del universo y los del átomo más pequeño: nada le resultaría incierto y, tanto el futuro como el pasado, se hallarían presentes a sus ojos. La mente humana ofrece en la perfección que ha sabido dar a la astronomía un débil esbozo de esta inteligencia. Sus descubrimientos en mecánica y geometría, junto al de gravitación universal, han puesto a su alcance comprender en las mismas expresiones analíticas los estados pasados y futuros del sistema del mundo.”

Para Laplace el determinismo equivale a predictibilidad, pero ello sería refutado por la teoría del Caos, sin embargo, podemos considerar, habiendo revisado estas ideas, a la luz del libro *Laplace, la mecánica Celeste*, de Madrid Casado, la intensa defensa de un determinismo fuerte por parte de este autor moderno. Se puede advertir que en el horizonte de un determinismo fuerte, tal y como Laplace profesa, no existe espacio para la libertad humana.

**El determinismo de Leibniz y su defensa de la libertad**

Habiendo visto el determinismo de Laplace, veamos brevemente las ideas deterministas de Leibniz y sobre todo, su defensa de la libertad. Empecemos considerando que Leibniz es un gran diplomático y conciliador, como se evidencia en los grandes proyectos de unificar el lenguaje con la lógica o la combinatoria, o al atestiguar su intento de confesiones en medio del cisma religioso que originó Lutero, como se evidencia en la propuesta leibniziana de defender la conjunción entre fe y razón. Para Leibniz el universo también está determinado, pero no en detrimento de la libertad y mucho menos sin la exclusión de Dios. Uno de aquellos grandes proyectos de armonizar tensiones supone precisamente su defensa de la libertad en contra de un determinismo fatalista.

En virtud de lo anterior, podemos considerar porqué es Leibniz conocido como un padre fundamental de la teología natural. Debemos tener en mente que es un autor que se encuentra influenciado directamente por la escolástica, y en ese sentido, su papel como vanguardista de la modernidad es incluso más loable. A diferencia de Descartes, Spinoza, y otros, Leibniz no reniega de las propuesta metafísicas pasadas, y prueba de ello puede ser la reformulación de una teoría de las substancias individuales: la *Monadología*.

Leibniz propone la armonía universal, y en esa línea, el determinismo. Es interesante notar que, desde que busca defender la libertad al mismo tiempo, encontrará diversos obstáculos que intentará resolver, especialmente en *La Teodicea*. Veremos hacia el final que muchos han objetado las soluciones de Leibniz y diversos estudiosos sostienen que su armonización, al menos en el caso del necesitarianismo del determinismo y su libertad basada en la contingencia, no es satisfactoria. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que propone una orientación ética antifatalista y antiquietista, aunque uno esté o no de acuerdo con su defensa de la libertad humana.

Antes de revisar algunas ideas de Leibniz, otorguemos un espacio para recalcar el carácter de polímata que le acompaña. Su aporte a la filosofía, en una muy pequeña proporción, es de lo que tratamos en este breve apartado de este artículo, y está relacionado a sus influencias en los campos de la ética, teología y metafísica. Debemos añadir sin embargo al menos de paso, sus innumerables aportes a los campos de la matemática, lógica, física, tecnología, ingeniería, teoría de la probabilidad, biología, medicina, geología, psicología, lingüística, ciencia computacional, política, jurisdicción, historiografía, filología, bibliotecología y las ciencias sociales.

Entre muchas otras cosas, Leibniz busca responder a la pregunta del mal, pues parecería contradecir la idea de un Dios bueno y justo. En la línea de la desontologización del mal de San Agustín, sostendrá que el mal es necesario en el mejor de los mundos posibles, y debe haber una razón para que su creador lo haya querido así. En *Diálogo real sobre la libertad humana (2006)* nos dice que el mal en el mundo es como la disonancia en la música o las sombras en las pinturas, por cuanto embellecen por contraste un sentido superior. Así, panorámicamente, el mal es como un mal menor que se compensa armónicamente. Esta idea está en la línea de la esencia del pensamiento determinista de Leibniz: la idea de que todo tiene una razón de ser lo que es, para toda consecuencia hay una causa y para cada evento existe una determinada razón suficiente. Se podrá advertir que la última razón de todo es Dios.

Podemos encontrar un punto de encuentro muy claro con el demonio laplaciano al atender a este pasaje de la *Monadología (2007)*; Recordemos que Leibniz influyó a Laplace no sólo en los métodos de cálculo integral y diferencial.

“Cada estado momentáneo de una substancia simple es la consecuencia natural de su estado inmediatamente precedente, de modo que el presente está preñado con el futuro”

En la armonía de las substancias individuales podemos experimentar un orden en varios niveles, pues Dios, de acuerdo a Leibniz, no sólo ha organizado las relaciones entre todas las mónadas, sino que además ha prefigurado sus esencias, cambios posibles, ritmos y en suma, sus destinos. Se señala que ningún cambio puede provenir desde adentro, ni desde afuera, sino que los cambios de estado de las mónadas están prefigurados de antemano. No hay nada en ellas que deba ser “arreglado”. Esto puede ser problemático para la libertad cuando se afirma lo siguiente:

“Hay cierta clase de autosuficiencia que les hace fuentes de sus propias acciones internas, lo que les hace de algún modo autómatas inmateriales”(*Ib.*)

Y tal como hemos anticipado, podremos encontrar que la causa primordial para tal ordenamiento se encuentra en el más justo, bueno y sabio creador.

“La última razón para las cosas debe estar en una substancia necesaria que llamamos Dios. Los detalles de todos los cambios contingentes están contenidos en él sólo eminente o virtualmente, como su fuente. Esta substancia necesaria es razón suficiente para todo este detalle, el cual está interconectado a través de sí mismo, por lo que hay un solo Dios, y este Dios es suficiente.” (*Ib.*)

El determinismo que plantea Leibniz es evidente y muchos autores sostienen que sus preceptos teológicos vuelven inviable a la libertad, a pesar de que busque defenderla. Para relacionar el contenido de la *Monadología* con la defensa de la libertad humana, revisemos el ejemplo de Julio César que Leibniz esboza en el *Discurso sobre Metafísica (2007)*. En este particular ejemplo, podremos ver que se introduce la separación entre los hechos necesarios y los contingentes. En general, y en la línea de un universo estable y determinado, Leibniz establece que no hay hecho que no haya estado ordenado y a raíz de ello es complicado discernir entre las acciones de Dios y las acciones de las criaturas. Al respecto, señalemos el problema de la Concurrencia, en donde algunos sostenían que detrás de todo acto humano está la mano de Dios. Esto era especialmente problemático al considerar las acciones perversas o injustas. Leibniz ubica el acento en la importancia de la espontaneidad para los actos que llamamos libres.

En la misma línea, podemos señalar una idea que orbita la noción de demonio laplaciano. El problema de la futurición, o de los futuros contingentes, supone que Dios, al ser omnisciente, conoce, cuando menos de modo virtual, el resultado total del mundo, por lo que los hechos objetivamente están determinados aunque para nosotros tal devenir esté velado. En el ejemplo de Julio César, Leibniz sostendrá que todos los hechos del mundo están “asegurados” o “inclinados” pero sin incurrir en la necesidad, que de otro modo destruiría la contingencia.

Consideremos a Julio César cruzando el Rubicón. Para ello, hace falta contextualizar el evento. Pensemos quién es el protagonista del ejemplo y de dónde proviene. Aunque Julio César es conocido por ser un gran líder y estadista, más específicamente es recordado por ser el primer emperador de la gloriosa civilización romana que es un paradigma indiscutible de la cultura occidental. El punto se encuentra en que la mayor república de la historia antigua se convirtió en el mayor imperio del mundo entonces, en aquél momento en que Julio César, sin saber el resultado, cruza el río Rubicón. César regresa de las campañas de las Galias, en donde ha apaciguado y asegurado las provincias. El senado le niega la entrada y sin una invitación no puede cruzar con su ejército a la ciudad de Roma. Los problemas y eventos de la política luego del triunvirato son largamente complicados y enredados, pero baste recordar que luego de la batalla de Alessia, César ha sido declarado como enemigo del senado. Desde que sus aliados del triunvirato, Craso y Pompeyo, le han abandonado, César no tiene apoyo ni alianzas estratégicas, muy al contrario es perseguido políticamente por personajes como por ejemplo Catón. Por otro lado, en pocos años la inmunidad senatorial de César expirará oficialmente y podrá ser blanco de diversas acusaciones. Es en este complejo contexto que Julio César cruza con sus legiones el Rubicón y al hacerlo, desafía al senado del pueblo de Roma y desata una cruenta guerra civil que culmina en su empresa exitosa de instauración del Imperio Romano.

César no conoce el desenlace, y es fundamental resaltar su espontaneidad, su audacia y el coraje para actuar a ciegas y con el mero cálculo de su razón para afrontar una situación en la que el devenir lo conocemos nosotros bien desde la lejanía, pero que, como referimos, César desconoce desde su experiencia al momento de decidirse a cruzar.

Si pensamos en la mónada de Julio César tenemos que hay distintos momentos cambiantes, como el joven Gaio Julio César, el joven questor, o Julio César, el exitoso estratega de innumerables hazañas militares y también César, el emperador supremo de la más poderosa nación conocida en su tiempo. Si la mónada de Julio César es la sumatoria integral de todos estos instantes, ¿Cómo podríamos decir que su empresa no estaba asegurada con necesidad?

Leibniz refiere que la noción individual de una substancia individual presupone toda su esencia y está predeterminada, pero con este ejemplo busca introducir la distinción entre lo necesario y lo contingente. Todo lo que sucede por sus antecedentes puede decirse asegurado, pero no es necesario en cuanto su contrario no es imposible por sí mismo. Así, César ganando en Farsalia es un evento racional y comprobado, pero aunque esté asegurado, podría haber ocurrido lo contrario. De este modo Leibniz busca explicar que los eventos del mundo están inclinados pero sin necesidad. Al respecto de esta idea, debemos señalar algo que puede anticiparse fácilmente, y es que la solución no parece satisfactoria. La separación entre una necesidad lógica o metafísica y otra moral parece más bien conducir a lo que se combate, el fatalismo. La separación lingüística parece no adquirir un alcance real, en especial cuando atendemos al siguiente pasaje del *Discurso sobre Metafísica (2007):*

“Las decisiones no tienen efecto en lo absoluto en las posibilidades de las cosas(…)Él determina nuestra voluntad a elegir lo que se nos aparece como lo mejor, pero sin hacer el evento necesario”

Al parecer, no es sólo César quien puede decir que la suerte está echada, sino que es una frase que le calza precisamente a Dios, el soberano de la república de mónadas. Con este ejemplo hemos podido ver la relación que tiene la predeterminación de la substancia individual y su relación problemática con la libertad.

Así, hemos esbozado el aspecto determinista del pensamiento de Leibniz y queda ahora establecer los puntos en que ha intentado realizar una defensa de la libertad humana, para en último término poder integrar sus ideas.

Del pensamiento de Leibniz, podemos atender a diversos pasajes para derivar su defensa de la libertad, pero es especialmente en *La Teodicea (2014)* que hace un exhaustivo y clínico tratado sistemático de la controversia. Será ella la fuente primordial de quien quiera estudiar el fondo de este asunto.

Nosotros intentaremos hacer un panorama, extrayendo lo exclusivamente necesario de tan extensiva cuestión. Podemos empezar por señalar lo expresado en *Libertad y Posibilidad (2006)*, en donde se estipula que sólo Dios es totalmente libre, mientras que las mónadas creadas encarnadas y con entelequias o almas poseen como una sombra minimizada de aquella libertad absoluta. A ello se añade lo dicho en *Diálogo real sobre la libertad humana (2006)* lo cual supone que la futurición no añade necesidad a los hechos, es decir, en la mente superlativa que excede nuestros límites, en el entendimiento divino, objetivamente, los futuros “contingentes” están asegurados, pero no se añade necesidad ni determinación a los actos “libremente” realizados.

Un aspecto fundamental de la defensa de la libertad leibniziana se puede encontrar en la crítica del silogismo del hombre perezoso. La falacia establece lo siguiente. Si algo va a suceder, sucederá con o sin mi esfuerzo. Si algo no va a suceder, no sucederá, sea que me esfuerce o no. De modo que no hace falta que me esfuerce en ningún sentido. Leibniz critica arduamente este argumento debido a que considera que la dejadez moral y la negligencia ética son consecuencias indeseables del fatalismo o del nihilismo. En la misma línea, critica el quietismo de los turcos, debido a que cuando los soldados otomanos recibían leves heridas, no se las trataban arguyendo que Dios lo quería así. Para Leibniz es singular que en un país con tan buenos médicos se permita tales fanatismos fatalistas, pues muchísimas muertes eran reportadas de tal estilo. Esto es llamado en la *Teodicea* como el fatalismo mahometano o fatalismo turco. Leibniz defiende un antiquietismo, es decir, la idea de que el problema moral de la libertad metafísica no debe atormentarnos en las deliberaciones prácticas. En el mismo sentido señala que no es un problema que interese a los geómetras o artesanos, pero sí a los teólogos y filósofos morales. En este sentido y otros que no vamos a aproximar, se rechaza la consideración de pseudo-problema de la controversia.

Vayamos, por fin, al corazón de la defensa de la libertad expuesta en la *Teodicea*. En la misma línea de la situación de un César cruzando el río para levantarse contra el poderoso senado, tenemos en este pasaje la importancia del desconocimiento subjetivo desde nuestra espontaneidad de los futuros contingentes, a la vez que se converge con la propuesta antifatalista.

“Todo el porvenir está determinado, sin duda, pero como no sabemos el cómo, ni lo que está previsto y resuelto, debemos cumplir con nuestro deber, siguiendo a la razón que Dios nos ha dado y observando las reglas que nos ha prescrito, y luego debemos mantener el espíritu en reposo, dejando a cargo de Dios mismo el cuidado del resultado.” (2014:158)

Aunque es discutible, a la luz de lo dicho en ese pasaje, podría pensarse en un compatibilismo para el caso de Leibniz, es decir, invita a pensar en que determinismo y libertad son compatibles de un modo armónico. Lo cierto es que si la perspectiva varía hacia otros pasajes, entonces se hace claro por qué tantos autores interpretan más a Leibniz en cuanto a un determinista. Pero al margen de si uno esté de acuerdo o no con sus teorías, lo cierto es que expresamente promueve un antiquietismo y un antifatalismo respecto a la aplicación práctica y moral de la libertad.

Atendamos a la puntual definición de libertad expuesta en este célebre pasaje de la *Teodicea*, en donde Leibniz resume su propuesta:

“Hemos hecho ver que la libertad, tal como se explica en las escuelas de teología, consiste en la inteligencia, que envuelve un conocimiento claro y distinto del objeto de la deliberación; en la espontaneidad con la que nos resolvemos, y en la contingencia, es decir, en la exclusión de la necesidad lógica o metafísica. La inteligencia es como el alma de la libertad, y el resto es como el cuerpo y la base. La substancia libre se determina por sí misma y esto, según el motivo del bien, percibido por el entendimiento, que la inclina sin necesitarla; y todas las condiciones de la libertad están comprendidas en estas pocas palabras. Conviene, sin embargo, mostrar que la imperfección que se encuentra en nuestros conocimientos y en nuestra espontaneidad, y la indeterminación infalible que va envuelta en nuestra contingencia, no destruyen ni la libertad ni la contingencia.”(2014:300)

Tal y como referimos al inicio de ésta sección, la tensión entre libertad y determinismo es notable en el caso de Leibniz y por ello lo podemos estimar como un gran armonizador y, siguiendo a algunos autores, podemos interpretarlo como un optimista.

Expuesto esto, podemos considerar que hemos hecho una exposición breve y parcial del aspecto determinista del pensamiento de Leibniz, así como de su defensa de la Libertad. A continuación, y finalmente, hagamos un contraste de los determinismos revisados anteriormente.

**Contraste entre los determinismos de Laplace y Leibniz**

La palabra determinismo tiene innumerables matices. Existen los determinismos neuro-biológicos, materialistas, sociológicos, teológicos, genéticos, psicológicos, culturales, económicos, lógicos, geográficos, históricos, ambientales y otros. En este caso hemos atendido a dos versiones del determinismo desarrollados en la modernidad. Su relación con la expectativa de un universo geométrico es inherente y como veremos tienen claros encuentros y evidente desencuentros.

Lo más claro del recorrido supone que ambos están de acuerdo con que el mundo esté determinado, pero sus razones para sostener lo mismo los hace bifurcarse de caminos. Las razones que tiene Laplace para sostener el determinismo del mundo están relacionadas al horizonte de estabilidad cosmológica, en donde gracias a los principios newtonianos es posible predecir los desplazamientos de los cuerpos celestes y análogamente, los eventos de la tierra se entienden gobernados por las mismas leyes universales. El origen del mundo se explica en Laplace con la idea de una nebulosa primitiva y no parece haber espacio para Dios en sus propuestas. Por otro lado, la libertad, queda del mismo modo excluida y gracias a ello, podemos apreciar a Laplace como un determinista fuerte muy puro.

Alternamente, Leibniz, para quien el principio de razón suficiente le hace coincidir en que el universo está determinado, encuentra su razón para ello y la estabilidad del cosmos en otra causa menos herética. El papel de Dios es fundamental en la filosofía de Leibniz, y ello no puede dejar de tomarse en cuenta. El origen del mundo, en detrimento de lo expuesto por Laplace, es para Leibniz, no otro sino el creador más sublimemente bueno y sabio. Aunque siglos los separan, no es difícil adivinar que el ateísmo laplaciano hubiera escandalizado a Leibniz.

El otro aspecto esencial que separa sus pensamientos deterministas es el del papel de la libertad, ya que mientras en Laplace no tiene cabida alguna, para la filosofía de Leibniz es fundamental la extensa defensa de la libertad humana, aunque conflictue metafísica, teológica o prácticamente con otros aspectos del pensamiento de Leibiniz.

Hemos expuesto el determinismo de uno y otro, para poder matizar sus diferencias y aunque puede exceder las intenciones de éste artículo, no podemos dejar de mencionar posibles razones que expliquen tales conductas divergentes. Pensemos en que el cortesano Leibniz tenía un contexto mucho más cercano al medieval y a las prácticas inquisitivas. Tengamos presente que conocía del destino de Galileo y de la excomunión de Spinoza. Por otro lado, atendamos a que Laplace fue educado por una generación de enciclopedistas, ilustración que derivó en el colapso de la monarquía.

De este modo nos podemos quedar con la primera constatación de esta sección. Ambos racionalistas modernos sostienen versiones del determinismo mecanicista que pueden ser sopesados en contraste.

**Bibliografía**

* **G.W. Leibniz** (2014) *Teodicea.* Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
* **G.W. Leibniz** (2006) *Real life dialogue on human freedom and the origin of evil* Ed. Jonathan Bennett. Early modern texts
* **G.W. Leibniz** (2006) *Freedom and Possibility* Ed. Jonathan Bennett. Early modern texts
* **G.W. Leibniz** (2006) *Making the case for god in terms of his justice which is reconciled with the rest of his perfections and with all his actions.* Ed. Jonathan Bennett. Early modern texts
* **G.W. Leibniz** (2007) *Monadology.* Ed. Jonathan Bennett. Early modern texts
* **G.W. Leibniz** (2007) *Discourse of Metaphysics.* Ed. Jonathan Bennett. Early modern texts
* **Carlos Madrid Casado** (2012) *Laplace, la mecánica celeste: Este universo funciona como un reloj*. RBA Contenidos Editoriales y Audiovisuales, Navarra.

1.-El texto debe tener como mínimo un número de 15 páginas y un máximo de 25 páginas. Escrito en Times New Roman 12. Espacio y medio. Debe contar con un *abstract* de 500 palabras en Times New Roman 12 tanto en español como en inglés con 5 palabras claves. Si el argumento desarrollado en el trabajo lo amerita, se podrá autorizar una extensión máxima de 30 páginas.

* [revistametanoia.filosofia@uarm.pe](mailto:revistametanoia.filosofia@uarm.pe)